

RESEÑAS

PESET, José Luis, *Las melancolías de Sancho. Humores y pasiones entre Huarte y Pinel*, Madrid, AEN, 2010, 240 pp.[ISBN: 978-84-95287-55-7]

«El dolor y la lectura, asociados estrechamente —la tristeza y el estudio—, estarían detrás de la caída del ser humano en la enfermedad mental, unidos al padecer del esfuerzo». Esta cita de *Las melancolías de Sancho* nos indica su singular inscripción temática. Por un lado, vienen a la cabeza la trayectoria de J. L. Peset como estudioso de la universidad o de la sanidad (no necesariamente española, en este segundo caso) entre los siglos XVIII y XIX, y sus contribuciones decisivas a la historia de la ciencia ilustrada. Pero por otro, y sin cerrar esa larga etapa severamente indagadora, vemos que el autor prosigue su tanteo de otras vías de expresión más subjetivas, algo que se acentúa en este ensayo nuevo, con independencia de que él haya reconocido (en 1994) que la «indefinición» en general siempre le ha cautivado.

Ya aparecían vetas ensayísticas en *Las heridas de la ciencia*, aparecido en 1993, libro que giraba en torno a Philippe Pinel y que analizaba los antecedentes así como los efectos de la «nueva medicina de las almas» a inicios del siglo XIX. Mucho más sucedió con su fáustico *Genio y desorden*, de 1999, donde —además de elegir en parte el período que aborda en *Las melancolías de Sancho*, el que va de Huarte de San Juan a Torres Villarroel—, nos daba un ensayo y una perspectiva muy personales sobre la genialidad. Cierta pasión literaria (que estaba en sus maestros, especialmente en Granjel), se hace presente asimismo en *Las melancolías de Sancho*, pese a que pueda parecer bien disfrazada por tantos estudios, clásicos o recientes, que se ven revisados y comentados en estas páginas densas y algo torturadas. Si en libros anteriores suyos latía una preocupación social por la explotación salvaje —con sus efectos de marginación e injusticia, hoy acentuados—, en *Genio y desorden* destacaba ya su casi exclusivo desvelo por el hombre inspirado, ese individuo especial que estaba tan presente sin duda en Dostoyevski o en Nietzsche, aunque también en Lombroso, al que Peset dedicó muchas páginas antaño. A este propósito recordemos que él ha releído recientemente a Thomas Mann o Pío Baroja, en los cuales la *mathesis singularis* cobraba en ocasiones una dimensión absorbente.

Su cultura histórico-médica —vinculada al arte paliativo y sus tratos con la enfermedad— supone en *Las melancolías de Sancho* analizar preocupaciones psiquiátricas que se vieron acuñadas en un viejo modelo sanitario-cultural: el mal melancólico y sus negras consecuencias, tal como aparece en determinados escritos españoles de los siglos de Oro y de la Ilustración, o en la profusa melancolía europea en la que se inserta —la de los tiempos de Cervantes—, pues ese mal tan temido entra en un discurso teórico recurrente y hasta totalizador. *Las melancolías de Sancho* encara específicamente la tristeza o el abatimiento, una patología de «origen» clásico (Hipócrates, Aristóteles, Galeno) que salió a la luz especialmente al culminar el Renacimiento, en sentido extenso; fue revisada con intensidad en el Humanismo de Marsilio Ficino o en otros autores encerrados asimismo con los libros (así, Montaigne), para finalmente desbordarse en la crisis mental y cultural del Barroco, la cumbre de nuestra literatura, hasta 1650. En la Ilustración, correctora de tantos desmanes, queda un rastro entre nostálgico e irónico por esa obsesión, rastro que Peset acoge al abordar aquí, ampliamente, esa centuria preocupada por la felicidad.

No sorprende, por tanto, la presencia en su texto de ciertas fuentes hispánicas sobre el desánimo, muy poco manejadas en general: los *Diálogos de filosofía natural y moral* (1558), de Pedro Mercado; el *Consejo y consejeros del Príncipe* (1559), de Fadrique Furió Ceriol; *Sobre la melancolía* (c. 1569), de Alfonso de Santa Cruz; el conocido *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), de Huarte; o el *Libro de la melancolía* (1585) de otro médico más, Andrés Velázquez. (Además, Peset —que suele recoger siempre los frutos de las lecturas más cercanas— se apoya, por momentos, en una síntesis de 2008: *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los siglos de Oro*, de Felice Gambin).

Dada la inusitada difusión internacional de esa cultura médico-anímica, la tristeza tardo-renacentista es más que una metáfora literaria. Se percibe bien con las lecturas de Peset de los volúmenes clásicos que se han rescatado en estos últimos años. Desde luego, además de los españoles, están presentes los *Tres libros sobre la vida* (1480-1489), donde Ficino aborda problemas de fisiología y de dietética, relacionados con la concentración mental y la desgana vital; pues el médico-neoplatónico vincula poderosamente genio y melancolía, y une la idea de la tristeza con la del rapto poético: no sólo los melancólicos serían los dotados para el mundo intelectual, sino que a su juicio todo el trabajo mental sitúa a quien lo ejerza bajo el mandato de Saturno. Si las especificaciones ficinianas sobre el origen de la pesadumbre son de una hondura impresionante, ya en la época dorada de la tristeza —y de las tristes figuras— tales problemas se ven profundizados y reconducidos en *Un tratado de melancolía* de Timothy Bright o en *El hospital de los locos incurables* de Tomaso Garzoni (ambos de 1586); y, en los inicios del siglo XVII, en la *Melancolía erótica* de Jacques Ferrand o en la enciclopédica *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton.

Pero la novedad de *Las melancolías de Sancho* estriba en su visita a otros frentes, menos frecuentados. «Lo mismo Fausto que Quijano se entristecen, y recurren a sus criados para obtener consuelo, porque ni la realidad ni la ensoñación les bastan por sí solas», insiste el autor. Y leemos, como adelantó alguna crítica cervantina, que el *Quijote se* inscribe «en la frondosa tradición de los Faustos, desde los más antiguos (el anónimo alemán y el inglés de Marlowe) a los posteriores de Goethe y los Mann». De hecho, precisa Peset, «es en la saga un sabio profesor el que enloquece también con sus lecturas y, ayudado por un sirviente —el demonio en este caso—, muestra igualmente cómo son juntos estudios y pasiones los que pierden a los señores». Incluso, los dos prototipos literarios «comparten sequedad y calentamiento del cerebro por causa de la lectura —libros de caballerías o tratados académicos, es lo mismo en uno y otro caso—, y en ambas encarnaciones hay un servidor astuto que ofrece a su amo un mundo que él conoce bien».

Remacha aún Peset que el criado, «como el diablo en las tentaciones a Jesús, ofrece a su señor poder, placer y dinero, pero también consuelo en sus melancolías». Con este argumento, la figura de Sancho se hace «tan importante como la del caballero, ya que, como Mefistófeles, lleva impreso el signo de la modernidad, del goce del presente y, por ello mismo, la garantía del mañana. Conoce por lo tanto el escudero el mundo real, que es en definitiva el futuro, y como demonio que es, lo ofrece a su señor». Del Cervantes ingenioso pasamos entonces, con Peset, al escritor fáustico; y del hidalgo que enloquece con sus lecturas pasamos sobre todo a su criado mefistofélico, a un naciente doméstico, gozador y preocupado por la bolsa. Resulta ser una figura convertida en 'tipo ideal' moderno. Pero, por fortuna, no queda simplificada, pues Sancho está melancolizado en parte —lo vemos en las palabras cabales y llenas de saudade que nos deja a medida que se cierra el *Quijote*—, y señala Peset en esta línea que «la risa moderna, diabólica, que es característica del escudero, no quita que también él sienta tristeza y temores, camino a la melancolía».

Por añadidura —y es lo decisivo para la «trama» del libro—, Peset empareja el *Quijote* con una novela rara del siglo XVIII, la *Historia del más famoso escudero Sancho Panza, después de la muerte de Don Quijote de la Mancha* (1794) de Pedro Gatell. Así que, progresivamente, en el relato de Peset, el Sancho cervantino será cotejado con un Sancho menor, surgido al final de las Luces por obra del médico y marino Gatell. Ahora el protagonista será un Sancho abierto al mundo

y al tiempo. Es ahora, pues, el ubicuo Sancho el que da nombre y sentido a este ensayo, extraño por sus fuentes (cervantinas, hispánicas, melancólicas), por sus comprobaciones (médicas, históricas, literarias), así como por su tensión y empatía con un mundo de melancolías al que el autor se acerca contemporáneamente escindido, eso sí, como procede.

Las cuatro partes de *Las melancolías de Sancho* balizan con una desconcertante claridad los frentes histórico-culturales de este insólito cotejo entre dos Sanchos, que se mueve en tiempos, temas y espacios mentales muy diversos y a veces extraños. En la primera sección del cuarteto, *Una melancolía razonada*, la más breve, aparecen por supuesto el hidalgo y sus libros adorados que le hacen sobrevivir entre la nostalgia y la locura. Adivinamos —en los meandros continuos del relato— «las búsquedas de su amada, los descensos al infierno, las viejas imágenes y las secas melancolías de Alonso Quijano». Su pesadumbre está vinculada a los viejos temperamentos, a esa hermosa teoría humoralista que empieza a quebrarse —a desaparecer con el cosmos antiguo— tras la muerte de Cervantes. Su tristeza, como la de Ficino, también se relaciona con el poder de los astros que lastaban las vidas de entonces. Y, sobre todo, late tanto en lo arcádico como en la utopía social que se evocan (y que son propios de la imaginación *utópica* desde su formulación respectiva, casi al mismo tiempo, por Sannazaro y Moro). Esa visión natural del pesar se ve asociada con las pasiones humanas y con el trato en sociedad y la naturaleza —cada vez más una «Arcadía contrahecha» o desafinada—, pues se refleja en ciertos libros, en determinadas pinturas y músicas («En el nacimiento del canto»), en invitaciones a la risa y a la conversación, que constituyen sin embargo comunicaciones sociales cada vez menos frescas, más desencantadas.

A continuación, el *Teatro de los ingenios* nos introduce en el drama barroco, ya en los años finales de Cervantes. Esta segunda parte se inicia con la narración de cómo el médico —desde Huarte— dialoga con ese mal y pretende acoger al apagado o al mohíno en sus tratados y asilos («Médicos en la España barroca»), para detallar enseguida lo que indican esos dos grandes testigos-personajes cervantinos, de su presente y sobre todo del futuro. Son «personajes de fantasía, el caballero y su escudero, surgidos de la escisión de un mismo ser, siempre se contemplarán mutuamente con cariño y enojo; desean unirse y distanciarse, premiarse y castigarse; están labrados en la misma turquesa, no valen las locuras del uno sin las necesidades del otro, se nos dice; tienen la misma fortuna, los mismos quebrantos, cuando duele la cabeza duelen los miembros». Esa duplicación recuerda a ciertos dobles de Kafka en *El castillo*, y no en balde Peset encabeza el libro con una cita suya sobre su gemelismo: «La desgracia de Don Quijote no es su fantasía, es Sancho Panza». No se recreará el autor, en cambio, en la relación especular, hegeliana, criado-amor que preluce los cambios en el poder modernos.

A los préstamos que toma Cervantes de los médicos ahora se unen varias referencias teatrales coetáneas: del propio Cervantes, o de Lope de Vega, Ruiz de Alarcón y Guillén de Castro (luego se añadirán Tirso de Molina, Mira de Amescua y Calderón). El mundo de pasiones alzado por Shakespeare, al que Peset se remite en cuanto puede, cobra ahora su estilo nacional. Y vemos indirectamente en este ensayo que el teatro —«la enfermedad mental estará siempre en las tablas, españolas o inglesas»—, por encima de la novela, los tratados médicos y filosófico-morales del siglo XVII, se convierte en imagen del mundo desengañada: cada pieza teatral es un texto prosaico, a menudo plagado de tristes y conflictivos seres, de curaciones momentáneas, también de dudas o fracasos, y siempre de burlas más o menos grotescas. Se multiplica el mundo de la representación, del repliegue, del simulacro. Conmueven los barrocos del Barroco, con su añoranza del paraíso de otros tiempos, con su desconcierto ante las guerras que hacen de fondo en todo el siglo XVII: fue la era de la muerte y el vacío, de la disensión humana, de la imposición teórica del «mecanismo».

La melancolía quijotesca pretendió refugiarse en imposibles y alegres Arcadías, huyendo de la modernidad; en contraste con lo que delatan las formas de su personaje adjunto, que va a atravesar dos siglos en esta historia. En el apartado «Sancho antes de Barataria» expone Peset que la segunda entrega de *El Quijote* redefine ya al escudero, al pasar a ser el verdadero protagonista: Sancho,

«que no aparecía en la primera salida, se añade en la segunda y en la tercera tomará las riendas». Así sucede sin duda, como prometía el título, en plural, del ensayo, pues el argumento central pesetiano prosigue.

En *La tristeza del escudero*, la tercera parte, va describiendo al Sancho cervantino alternándolo con el Sancho menor de Pedro Gatell. Incluso los rótulos de sus apartados revelan la nueva centralidad sanchesca del ensayo de Peset: «Mesa y comida», «Sancho tras Barataria», «La derrota y la gloria», «La vuelta a casa», «La nueva Barataria» —donde ya pesa mucho el texto de Gatell—, «Los sueños del escudero» y finalmente «Sancho, el buen alcalde». El punto de comparación cervantino, *el espejo de su espejo* es sin duda el criado; el amo se distanciaba del escudero, «pues triste e inapetente, y melancólico por tanto, se escandaliza de la vitalidad del otro».

Por un lado, señala Peset que la alimentación del criado, como la del labrador y el pastor, se irá imponiendo, tanto en las mesas como en los tratados médicos: «Mefistófeles —y quizá Sancho— conocían el futuro», apostilla irónicamente; lo cual es una forma curiosa de mostrar que las maneras de mesa y de cocina fueron decisivas también para cierta modernidad social. Por otro, nos muestra el autor —tras su revisión de la inquietud del Quijote con el disfraz de Gatell— cómo Sancho va a entristecerse de otra manera al llegar la Ilustración, en la nueva Barataria de las Luces: «Sigue el escudero en la aldea, donde queda dolido por la muerte del caballero. Ahora, de forma sorprendente, lo retoma un sabio ilustrado, como un modelo de sabiduría. Y en este travestismo, es el de melancólico el primer disfraz y la primera careta. El sufrimiento, el llanto y los cambios de humor se apoderan de él». Ese nuevo y acaso competente ilustrado sería efecto, claro está, de cierta extensión de los conocimientos. Con todo, el personaje de Gatell suena hoy algo hueco, y no porque sea de otra época —pues «ha nacido en el momento justo, como todo el mundo» según observó a su amo un excepcional sirviente, Jacques le Fataliste—, sino por su naturaleza literal, por ser una figura copiada.

La parte final —extensa, más abstracta y propia de un estudioso de la Ilustración—, trata de la «nueva Arcadia»: *La Arcadia en las Luces*. Dos testigos pesetianos de ese tramo reformista, Torres Villarroel y el italiano Muratori, dan entrada a una discusión erudita sobre las novedades, que luego se prolonga sesudamente de mano de ciertos hombres de nuestro XVIII (Nipho, Ignacio Rodríguez, Mariano Seguer, Andrés Piquer). Todo el recuento se cierra idealmente con los atisbos de alienistas prerrománticos como Pinel o Daquin, al borde ya del siglo marcado por el poderoso ejercicio médico sobre la locura. Estos nuevos personajes van a estar más contaminados por lo «real» que en la centuria anterior, pues Gatell —un conservador e ilustrado cirujano, un moralista neoclásico, científico y militar— y el alcalde Sancho —esa vieja criatura, ahora renovada— se enfrentan en paralelo a los peligros de un mundo sometido a cambios radicales. Sabemos ya que el segundo, del todo desencantado, adquiere la indispensable sabiduría de las Luces; vemos que en su entorno todo parece antiutópico y apremiante: la sociedad está más ahormada, el mundo moderno del deber —la higiene y la obligación— reduce el campo de las correrías. (Posiblemente por ello hubo en ese siglo luminoso tanta literatura de viajes, de aventuras, de lugares quiméricos).

Aunque la Ilustración parece muy lejos del añorante mundo quijotesco —dadas su defensa de la felicidad presente, su distanciada entrega a la naturaleza, su certeza en la expansión de los conocimientos—, en realidad hasta la misma ciencia se debatió entre una visión esperanzada y una sensación de crisis. Pese a su seguridad y su realismo crítico, el pragmatismo reformador de muchos sabios deseosos de paliar las injusticias convivió a menudo con ensueños sobre una ciudad justa. La «Arcadia de las Luces» resulta ser muy compleja, así cuando Morelly o Rousseau retomen la edad dorada cervantina, aunque lo hagan a la fuerza de otro modo (si atendemos a Maravall —*Utopía y contrautopía en el Quijote*—, a quien Peset ha admirado).

Este movedizo Sancho Panza —con su bruñido final en el siglo XVIII— nos hace ver cómo se percibe diferentemente la tristeza a lo largo del mundo moderno, y Peset nos muestra con su rico apólogo cómo cierta melancolía, determinadas imágenes y palabras actuales se van construyendo

juntas en el transcurso de dos centurias decisivas para nosotros: las que siguieron a la muerte de Cervantes. Pasadas quince décadas, el humor representa ya un mero estado de ánimo y la melancolía pierde su extraño halo secular. Un médico del final de las Luces como Pinel, por su parte, se aleja ya sin rodeos «de las visiones culturalistas de la enfermedad».

Mauricio JALÓN

Universidad de Valladolid

PELAYO LÓPEZ, Francisco; GOZALO GUTIÉRREZ, Rodolfo, *Juan Vilanova y Piera (1821-1893), la obra de un naturalista y prehistoriador valenciano. La donación Masiá Vilanova en el Museo de Prehistoria de Valencia*. Servicio de Investigación Prehistórica del Museo de Prehistoria de Valencia, Serie de Trabajos Varios 114, Valencia, Diputación de Valencia, 2012, 323 pp. [ISBN: 9788477956273]

En la tarea de la historia intelectual a menudo se plantea un dilema de especial interés. Se trata del difícil equilibrio entre el papel del individuo y el del colectivo a la hora de definir el pensamiento de una época. Las aproximaciones tradicionales suelen situar al individuo en el lugar destacado de la narración, dotándolo de una consciencia e independencia que le enfrenta a una colectividad refractaria al cambio. Por el contrario, otros acercamientos inciden en la dependencia de los autores con respecto al marco social en el que se desenvuelven y en la forma en que esto determina su obra. La tensión entre estas dos visiones parece por momentos irresoluble pues, a pesar de que puedan considerar ambos elementos, buena parte de las historias del conocimiento suelen privilegiar una de las posturas. Hace años, en *El tema de nuestro tiempo*, Ortega y Gasset proponía una vía de superación del dilema a través del recurso a la noción de ‘generación’. Era esta una concepción dinámica que actuaría de mediadora entre la particularidad del pensamiento individual y la generalidad de la mentalidad colectiva, también entre las continuidades del apego a la tradición y las variaciones de la originalidad. Así, la generación salvaría aquel espacio de indeterminación, ofreciendo una continuidad entre la parte y el todo de la tarea del conocimiento. Siguiendo el razonamiento uno se pregunta si existen individuos cuya vida y obra puedan transmitir en síntesis el llamado espíritu de una generación. Quizás sea el caso del naturalista y prehistoriador valenciano Juan Vilanova y Piera. Destacado impulsor de varias disciplinas en plena gestación durante la segunda mitad del siglo XIX, su nombre aparece asociado a los debates científicos más intensos en el seno de la sociedad española de la época. Estos aspectos en exclusiva ya justifican suficientemente la tarea de un análisis en detalle de su legado y, de hecho, este ya ha sido el objeto de varias obras anteriores. Sin embargo, la particular posición de Vilanova como exponente de una época le hacía merecedor de un trabajo de mayor exhaustividad, que explorase en profundidad las conexiones entre el individuo y la generación. Es este el objetivo de la obra aquí reseñada, de reciente publicación.

Los autores, especialistas en historia de la ciencia, tienen en su haber un conjunto de obras dedicadas a la geología, la paleontología y la prehistoria de los siglos XIX y XX, incluidos algunos trabajos acerca del propio Vilanova. Sin embargo, en este caso han recurrido al inédito y rico fondo documental de Vilanova custodiado en el Museo de Prehistoria de Valencia tras la donación por parte de su nieto Juan Masiá Vilanova. Es por esto que buena parte del libro (capítulo VIII) acoja un catálogo de dicho fondo y, también, una transcripción de algunos documentos de interés, así como un catálogo de las medallas y condecoraciones otorgadas a Vilanova (apéndices I-VII). Por

otro lado, el texto principal aparece dividido en siete capítulos. Los cuatro primeros tienen un tono más biográfico. En ellos se presentan los aspectos generales de la vida de Vilanova, el desarrollo de sus múltiples viajes de estudio y su participación en congresos internacionales, su actividad como profesor de la antigua Universidad Central y el Museo de Ciencias Naturales y, por último, los detalles de su actividad como divulgador de las nuevas ciencias. Los tres restantes ofrecen un estudio detallado de los principales desarrollos disciplinares y controversias en los que Vilanova se vio envuelto. Así, encontramos un análisis de su lugar en el espacio de las ciencias geológicas incluyendo la paleontología, su participación en la emergencia de la prehistoria y, también, un interesante capítulo dedicado a su posición en el debate acerca del darwinismo en la España del momento.

La propia organización de la obra permite asistir al relato paralelo que conecta la experiencia personal con las transformaciones de la ciencia de aquel periodo. De esta forma, encontramos los pasos que llevaron a Vilanova desde su formación como médico y naturalista a la especialización en las ciencias geológicas para acabar dedicando buena parte de su obra y docencia a la paleontología y la prehistoria (o protohistoria, como él prefería llamarla). Este proceso, decimos, coincide con la progresiva integración del pasado remoto terrestre, biológico y, por último, humano en el panorama científico español durante aquella segunda mitad del siglo XIX. Estas transformaciones no dejaron de tener una repercusión en la trama institucional del momento y de ello también da noticia la experiencia del naturalista. Así, asistimos al conflicto por el desarrollo de la paleontología, en principio vinculada a la geología, y que, por entonces, era una disciplina ejercida por los ingenieros de minas quienes veían con recelo su integración en los estudios de ciencias naturales y, en particular, el adiestramiento de Vilanova para el desarrollo de dicha disciplina en el Museo de Ciencias Naturales y, más tarde, en la Universidad. Otro reflejo institucional lo encontramos en la sucesiva integración de Vilanova como miembro de las academias de Medicina (1861), Ciencias (1875) e Historia (1875) que nos habla no solo de la progresiva especialización de éste sino, también, de la paulatina diseminación del estudio del pasado remoto de la humanidad desde los gabinetes de ciencias hasta los libros de historia. Un aspecto importante que no pasa desapercibido a los autores del libro es el papel internacional de Vilanova al que dedican un apartado completo y numerosos comentarios a lo largo del resto del texto. Sin duda, tanto la formación en el extranjero de Vilanova a lo largo de varios años como sus numerosos viajes para asistir a congresos que él mismo se encargaba luego de reseñar extensamente, son un aspecto destacado de la biografía del naturalista. Sin embargo, también nos habla de la conexión de la ciencia española de aquella época con las redes de reconocimiento e intercambio europeas así como de los frecuentes problemas en esta relación. En esta línea, es particularmente acertado el tratamiento dado por los autores a la tarea de divulgación de Vilanova y, en especial, a su reclamo de una ciencia nacional defendida a través del recurso a la modernización del país y el eterno problema del lugar de España en el contexto Europeo. Aparte de estos recorridos, encontramos también un estudio en profundidad del desarrollo de las ciencias geológicas y antropológicas para los más interesados en los detalles del proceso de integración de estas disciplinas o en las particularidades de la obra de Vilanova, que se analiza en un grado inédito hasta el momento. Un ejemplo lo encontramos en el seguimiento de la reducida escuela de investigadores formada por Vilanova o en el desgranamiento de los ejercicios de oposición a cátedra del naturalista.

El libro nos sitúa también ante diversas controversias de la época en las que Vilanova ejerció un papel destacado. Es el caso de la recepción del pensamiento darwinista y las correspondientes críticas por parte de los defensores del creacionismo. Observamos como Vilanova, de reconocido pensamiento católico-conservador, polemizaba con los impulsores del darwinismo aunque siempre respetando el lugar de estos dentro del debate científico. El naturalista se sitúa en una perspectiva creacionista que justifica los cambios en el registro natural mediante el recurso a sucesivas creaciones acompañadas de fenómenos catastróficos que transformaban la faz del globo. Si bien este modelo sería una constante a lo largo de su carrera, se manifiestan ciertos endurecimientos en su postura. Encontramos también detalles interesantes sobre el desarrollo de las ideas darwinistas durante

el Sexenio o un apunte sobre la polémica acerca del *Eozoon Canadense*, un pseudofósil que por la época servía a los darwinistas para situar un precedente de la explosión cámbrica y que Vilanova criticó duramente. Es este debate de especial interés por lo que aporta acerca del papel de las evidencias en la construcción de las teorías científicas, como años después lo será también el asunto de los eolitos y su relación con la idea del hombre terciario. En el libro también se incluye una exposición de la polémica sobre las pinturas de Altamira que en los primeros años tras su descubrimiento fueron fuertemente discutidas, tanto que la postura favorable por parte de Vilanova llegaría a pesar gravemente en sus últimos años de carrera.

Quizás uno de los pocos reproches que pueden hacerse de este libro es que a lo largo del texto se suceden algunas reiteraciones, lo que es una consecuencia habitual de los trabajos de elaboración conjunta. Aún así, este detalle no desmerece el valor de este trabajo que, a través de la vida y obra de un autor, nos sitúa ante los conflictos y transformaciones que acompañaron al proceso de instauración del pasado remoto en aquella segunda mitad del siglo XIX. Leyendo libros como este uno llega a pensar que hubo generaciones más interesantes que la actual. Al menos alguna en la que el debate no se redujo a lo aparecido en algún yacimiento burgalense.

Carlos CAÑETE
CCHS-CSIC

MOSCOSO, Javier, *Historia cultural del dolor*. Madrid, Taurus, 2011, 383 pp. [ISBN: 978-84-306-0815-7]

MOSCOSO, Javier, *Pain: A Cultural History*. London, Palgrave MacMillan, 2012, 288 pp. [ISBN: 978-14-039-9118-8]

En los manuales de propedéutica y semiología clínica, clásicos o modernos, se presenta el dolor como uno de los síntomas, común a muy diversas patologías o dolencias, por los que con más frecuencia se demanda atención médica. Las maneras de clasificar el dolor en dichos textos es, como se sabe, muy variada: por su localización (somático o visceral); por su duración (agudo o crónico); por su curso (continuo o irruptivo), por su intensidad (leve, moderado o severo); por su patogenia (neuropático, nociceptivo o psicógeno); etc. Aunque con antecedentes importantes en siglos anteriores, la analgesia y la anestesia han conocido un enorme desarrollo a lo largo del siglo XX y las nuevas posibilidades técnicas de la medicina han introducido nuevos problemas, como el dolor iatrógeno, o nuevos retos, como la «gestión» del dolor oncológico o en el ámbito de los cuidados paliativos (oncológicos o no). Las unidades del dolor son, en buena medida, el resultado de este proceso que ha generado nuevos expertos e, incluso, nuevas especializaciones como la algología.

Sin embargo, este necesario acercamiento «técnico», esta medicalización del dolor, no descarta otras posibilidades de análisis y reflexión en torno al mismo. El dolor ha acompañado al ser humano desde sus orígenes, impregna su experiencia histórica y su cultura. Si el dolor es una experiencia sensorial (objetiva) y emocional (subjetiva), tal como lo define la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor, es evidente que los elementos fisiopatológicos del mismo se verán atravesados constantemente por otros de naturaleza psicológica y/o cultural. Dolor físico, pero también dolor moral —la frenalgia de los viejos alienistas decimonónicos que estaría en el origen de la melancolía y la locura—. Dolor propio, pero también dolor ajeno. El primero vivido como castigo o como prueba, que suscita angustia, desesperación e, incluso a veces, placer; el segundo, generador de

compasión o repulsión, de simpatía o, nuevamente, placer. En este sentido, el dolor trasciende el ámbito puramente científico o médico para adquirir una significación cultural de primer orden. Un dolor narrado, representado, transmitido como experiencia cultural y, por tanto, colectiva.

Pues bien, desentrañar dicha significación, comprender el dolor desde el punto de vista cultural es el objetivo de Javier Moscoso en su *Historia cultural del dolor*; un libro importante —aparecido en castellano y en inglés con solo unos meses de diferencia—, original, de indudable solvencia intelectual, pero sobre todo, necesario. Necesario para obtener registros diferentes y complementarios sobre una problemática compleja escasamente trabajada por la historiografía.

Es obvio que una historia del dolor en Occidente, así planteada, no puede ser, no tiene por qué serlo, exhaustiva ni completa. Moscoso utiliza estrategias narrativas y discursivas muy eficaces que consiguen dar a la obra coherencia y continuidad. Los estudios de caso están cuidadosamente elegidos y se compaginan con habilidad un cierto tono ensayístico, que facilita la lectura, con unos contenidos rigurosos que, en no pocas ocasiones, llegan a una alta erudición. El dolor es así estudiado a través de ocho capítulos titulados respectivamente: Representaciones, Imitación, Simpatía, Adecuación, Confianza, Narratividad, Coherencia, Reiteración. De esta manera expuestos, o leídos en el índice del libro, resultan un poco crípticos; sin embargo, según se van leyendo sus páginas se nos desvelan, no sin cierta complicidad con el autor, las intenciones y la trascendencia de su planteamiento.

El dolor se «representa», se muestra, se enseña. La función pedagógica del retablo medieval y del teatro moderno es analizada por Moscoso, haciendo hincapié en su función civilizadora. El dolor y el sufrimiento de los mártires o la pasión de Cristo son una constante de los retablos de las iglesias medievales y simboliza el triunfo de la fe a través del tormento, iniciando una cultura visual del dolor que se continuará en los espectáculos teatrales de contenido religioso, pero también, ya en el mundo moderno, en el «teatro de las crueldades», todo un género encuadrado en las guerras de religión, que denuncia la violencia y la brutalidad de dichas contiendas. Por su parte, el teatro anatómico no será ajeno a una cierta dramatización del dolor. En la iconografía de cadáveres diseccionados, éstos son representados de tal manera que transmiten al espectador un dolor que, si bien no resulta muy evidente, se presente, se intuye; pues, como indica Moscoso, el individuo anatomizado comparte la idealización dramática del sufrimiento físico.

El dolor también se imita. La «imitación» del dolor, íntimamente relacionada con su representación, es analizada por Moscoso tomando como hilo conductor de este segundo capítulo nada menos que a *El Quijote*. La opción es arriesgada, claro, entre otras cosas porque la tradición de los estudios cervantinos es inagotable y porque decir algo nuevo y relevante sobre este clásico de la literatura no resulta tarea fácil. Sin embargo, una obra clásica es, precisamente, la que es susceptible de nuevas y diversas lecturas a lo largo de la historia. Pues bien, en su particular lectura de *El Quijote*, Moscoso nos ilustra sobre la presencia del dolor físico en el hidalgo, siempre apaleado, apedreado, humillado, maltratado en sus múltiples desventuras. Nos da cuenta de sus quejas y lamentos, a pesar de que los códigos de la caballería exigieran soportar el dolor y mantenerse impasible ante las desdichas...y nos advierte que este dolor físico ha pasado en cierto modo desapercibido por generaciones de lectores, no solo por la importancia capital que en el relato quijotesco tiene el dolor moral y la melancolía del personaje, sino porque, de la mano del humor, de la ironía o de la burla, el dolor físico se ha «transfigurado», se ha «invisibilizado». Pero si Alonso Quijano intenta, sin conseguirlo, imitar las hazañas de los caballeros, las monjas y beatas de la contrarreforma española descubrirán su vocación de sufrimiento en las vidas de los santos y en las experiencias de los mártires. La búsqueda de la experiencia mística o, simplemente, el anhelo de santidad, llevará a estas mujeres a buscar en la penitencia, la flagelación, la pobreza o la humillación, su justificación de vida y la aceptación del dolor como voluntad de Dios. El dolor se vuelve invisible, en efecto, porque se relega del espectáculo teatral y pasa a la esfera de lo íntimo, de lo privado, del sufrimiento en soledad. Un deseo deliberado de sufrir, imitando el dolor de otros pero también, como bien nos indica Moscoso, obedeciendo las indicaciones de la madre superiora o del confesor

en una tradición que llega, ya bien entrado el siglo XIX, al ánimo de las mujeres burguesas representadas por *La Regenta*.

«Simpatizamos hasta con los muertos». Con esta cita de Adam Smith se abre el tercer capítulo del libro que comentamos: *Simpatía*. Aquí, el imitador deja paso al observador. Partiendo del estudio de *Los delitos y las penas* de Cesare Beccaria, Moscoso analiza los cambios en la sensibilidad pública hacia el tormento o la muerte como espectáculo, esta vez ya no dramatizado sino real. La Ilustración introduce novedades en los procedimientos judiciales y en los sistemas punitivos: la abolición de los tormentos o las ejecuciones públicas y su sustitución por una gestión más privada del castigo. Es la época del nacimiento de la prisión, estudiado por Foucault, pero también de la interiorización de la norma en el marco del proceso civilizatorio que describiera Norbert Elias. El ciudadano se convierte así, ya lo he indicado, el observador del dolor de las víctimas; pero no es un observador pasivo: opina, toma partido. Puede sentir simpatía hacia el dolor ajeno, o compasión o piedad, pero también vergüenza, indignación o impotencia.

El siglo XIX es «el siglo del dolor», llegando éste a adquirir una presencia social, tanto en el ámbito privado como en la esfera pública, hasta entonces desconocida. Moscoso nos ilustra sobre el asesinato y el suicidio, y en el dolor que genera, como elementos de entretenimiento y consumo. La literatura realista y naturalista es un buen ejemplo de estas dinámicas. Sin embargo, se va instaurando una cultura y una economía del «mínimo dolor necesario» que, según se nos explica, es aplicable y se extiende a las situaciones más diversas. De especial interés me parece las páginas dedicadas al dolor del parto, en las que el autor lleva a cabo una síntesis del discurso médico decimonónico sobre el dolor y las emociones de las mujeres en ese momento concreto, así como sobre el debate suscitado sobre la utilización del éter o el cloroformo para atender a las parturientas. Asistimos también al inicio del interés de la neurología y la psicología por el dolor, con las dificultades evidentes de intentar medir objetivamente, incluso con funciones numéricas, una sensación tan subjetiva. En cualquier caso, Moscoso nos muestra cómo el dolor se va «adecuando» a los nuevos tiempos, tiempos de novedades políticas, económicas y científicas.

El descubrimiento y aplicación de la anestesia ira generando «confianza». Confianza del cirujano en sus posibilidades terapéuticas y confianza del paciente en el médico que le trata. A partir de este momento las fuentes médicas empiezan a ser utilizadas, como es lógico, de manera más profunda e intensa. Las prácticas anestésicas que Moscoso nos había narrado, en el capítulo anterior, salen ahora del paritorio o del ambiente obstétrico, para llegar al ámbito de los dentistas y de la cirugía general. La historia de la anestesia es bien conocida, ha sido relatada muchas veces y Moscoso es, en parte, deudor de esa historiografía, pero también nos ofrece su particular visión del proceso aludiendo, por ejemplo, a las pugnas entre cirujanos, barberos y sacamuelas, en la obtención de legitimación profesional y monopolios técnicos, sin contar con la aparición del cirujano-dentista como nuevo experto especializado para unas prácticas cada vez más científicas y sofisticadas. El capítulo se completa con una inteligente síntesis sobre los intentos por disminuir o anular en dolor quirúrgico, destacándose la importancia de los cirujanos militares, y con una acertada reflexión sobre los estados de inconsciencia inducidos por la anestesia, desde el problema de las alucinaciones mentales inducidas hasta el llamado sufrimiento inconsciente.

En «Narratividad», el autor de esta *Historia cultural del dolor* se centra, en muy buena medida, en la relación entre dolor y placer. El sadismo y el masoquismo, como no podía ser de otra manera, entran de lleno en el relato y, con dichas categorías, la de «perversión sexual». Las obras de Richard von Krafft-Ebing, Charles Féré o Havellock Ellis aparecen, claro está, como referencias obligadas, así como la reflexión sobre el «instinto sexual» y de manera particular, la conocida disyuntiva entre lo normal y lo patológico, que desde Canguilhem constituye uno de los elementos históricos, filosóficos y epistemológicos claves en medicina. Un mérito indiscutible de las páginas dedicadas a esta cuestión es que Moscoso va a la fuente de las fuentes; es decir, no se contenta con la lectura de *Psychopathia Sexualis* o de otras obras de sexología, sino que se detiene en *La Venus*

de las pieles de Sacher-Masoch, dando cuenta de las «confesiones» de Severino, cuya influencia de *Las confesiones* de Rousseau quedan cabalmente identificadas. Una «confesiones» —una narrativa autobiográfica— que, en el fondo, no busca tanto el dolor como el sometimiento. En suma, un agudo análisis del sadomasoquismo en el que la medicina y la psiquiatría quedan atravesadas por la filosofía y la literatura en un esfuerzo por relacionar cuerpo e idea, al que no debe ser ajena cierta inspiración procedente de la obra de Deleuze.

La búsqueda de una «coherencia» discursiva del sujeto aquejado de dolor aparece como fundamental para evaluar e intervenir sobre el mismo. La identificación entre dolor y lesión o, incluso, disfunción corporal no parece plantear problemas a los clínicos, pero cuando el dolor es psicógeno la cosa se complica. El sufrimiento en ausencia de lesiones morfológicas evidentes exigió estudios e interpretaciones diversas. El trastorno mental, en cualquiera de sus variantes (histeria, hipocondría, melancolía y, posteriormente, la amplia gama de enfermedades psicósomáticas) parece terreno abonado pero es, una vez más, en la literatura y no en los textos médicos, donde podemos apreciar con más claridad la impronta cultural de este tipo de síntomas. *La muerte de Iván Illich* de Tolstoy, que en los años ochenta leíamos y discutíamos en los seminarios sobre Medicina y Literatura que se impartían en la Complutense, es sin duda una de las obras que mejor ilustran esta cuestión y es también la afortunada elección de Moscoso para reflexionar sobre el sufrimiento subjetivo, para esas enfermedades que no se ven pero se oyen. En definitiva, la discordancia entre el dolor que siente —y que cuenta— el enfermo y lo que dice —o no dice— su cuerpo está presente también en el dolor nervioso y en dolor inconsciente. En este último, el trauma y el estigma, en sus concepciones dinámicas o psicoanalíticas, cobran una inusitada importancia. Freud, naturalmente, pero también Pierre Janet, con la introducción del término «automatismo», ayudan a completar el panorama que Moscoso pretende ofrecer: la construcción de un discurso coherente, de los pacientes, pero también de los médicos, en la explicación de determinados tipos de dolor.

Finalmente, se llega al final del recorrido analizando algunas cuestiones más actuales, que vienen a «reiterar» los intentos de la medicina por combatir el dolor: en 1973 se fundó la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor y su órgano de expresión, *Pain*, un año más tarde; las clínicas o unidades del dolor, creadas en los años cincuenta, tuvieron en un primer momento, al dolor oncológico como principal objetivo, para más tarde extender su jurisdicción a otros dolores crónicos. Pero Moscoso insiste en que la manera en que el ser humano «dialoga» de manera «reiterativa» con su propio dolor —con palabras o con silencios— aparece como una pieza clave para comprender la dimensión cultural del mismo. Se trata, en efecto, de un largo recorrido en el que la cultura del dolor ha variado de manera significativa. «Nuestra sangre ya no es medieval», argumenta Moscoso. Tiene razón. Poco a poco, se han ido introduciendo e integrándose en nuestra cultura mecanismos de victimización, identificaciones empáticas con el dolor, deseos de salvaguarda del mismo, consumo compulsivo del daño (y de analgésicos), erotización del dolor, y un amplio etcétera de elementos que, como he tratado de reseñar, son abordados por Moscoso en este importante libro con solvencia, rigor y erudición. Resulta impresionante el amplísimo manejo de fuentes (médicas, judiciales, literarias, artísticas, etc.), así como los referentes teóricos que, en cada momento, utiliza. Los ya citados, Canguilhem, Foucault, Deleuze, pero también Nietzsche o Kant. Un libro que se inserta por derecho propio en la nueva historia de las emociones, pero también en la historia cultural de la medicina o, simplemente, en la historia de la medicina. Un libro que leerán con atención e interés, historiadores, filósofos, antropólogos, sociólogos, ... pero que también deberían leer profesionales de la salud. Hace ya muchos años, cuando yo todavía era médico, o pretendía serlo, roté con un venerable y respetado fisiólogo —y cirujano torácico— llamado José Alix. El primer día, yo me llevaba estudiados, de la mejor manera posible, los síntomas y signos de la tuberculosis, las pruebas diagnósticas, las pautas de tratamiento, etc. Cuando el viejo profesor nos recibió en la antesala de su despacho hospitalario nos dijo que el que no hubiera leído *La montaña mágica* se fuera a su casa y cuando hubiera terminado su lectura regresara a ver a los pacientes. Salvando las

distancias, pienso —y me parece que este es uno de los mayores elogios que puede hacerse a esta monografía— que *Historia cultural del dolor* debería ser lectura recomendada a estudiantes de medicina e, incluso, a profesionales de las unidades del dolor porque ofrece una perspectiva diferente, cautivadora y necesaria, imposible de encontrar en los manuales técnicos.

Rafael HUERTAS
CCHS - CSIC

MIRANDA, Marisa, *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011, 243 pp. [ISBN: 978-950-786-876-4]

Hace ya algún tiempo, el sociólogo Robert Castel abogaba por una «historia en el presente» que debía implicar la adopción de un método *genealógico* en su enfoque, esto es, que a la hora de analizar un suceso determinado intentase comprender la relación existente entre los elementos de innovación y los heredados; *antinormativo* y *desmitificador* por su intención, sacando a la luz sus contradicciones y las estructuras semiocultas bajo aparentes discursos de modernidad, y *práctico* por sus efectos.

En *Controlar lo incontrolable*, Marisa Miranda consigue hacer una historia (en el presente) de la sexualidad. En un momento como el actual, en el que el debate sobre «los» modelos de familia, sobre la libertad sexual o sobre la legitimación o deslegitimación de las conductas sexuales (desde la homofobia al orgullo gay), resulta muy pertinente un abordaje genealógico que analice los procesos, los discursos y las prácticas que han ido confluyendo y abonando la construcción de todo un entramado de conocimientos, o por lo menos de asertos, «científicos» en torno a la sexualidad en un contexto geográfico y socio-cultural concreto como la compleja y convulsa Argentina del siglo XX. Precisamente la adopción del método marca el camino de una excelente investigación que no se preocupa por la historia de las prácticas sexuales, ni de la «vida privada», ni de las instituciones de reproducción social, ni de aspectos, tan de moda en los últimos tiempos, como la historia de las emociones, vinculadas en este caso a la sexualidad. Tampoco se trata exactamente de una aportación enmarcada en los estudios de género, ni siquiera en los llamados *queer studies*. No, el libro que nos ocupa, aun recogiendo en parte elementos procedentes de todas estas tradiciones es, fundamentalmente y por encima de todo, un estudio sobre el poder.

Controlar lo incontrolable es una historia (en el presente) de la sexualidad realizada desde el (bio)poder. Un notable esfuerzo de reconstrucción de los discursos desde los que fueron articulándose en la Argentina los saberes capaces de definir las sexualidades «normales» y «patológicas» y la forma de actuar sobre ellas, autorizando y prohibiendo, previniendo y castigando, clasificando y estigmatizando, incluyendo y excluyendo. En suma, una regulación social de la sexualidad donde esos saberes «normativos», la medicina y el derecho fundamentalmente, son desmitificados a través de una concienzuda labor heurística y un interesante y comprometido trabajo hermenéutico a través del cual la autora muestra las estrategias y programas de intervención y de gestión de la sexualidad (médicas, legislativas, etc.) propuestas o llevadas a cabo por las instancias hegemónicas del poder. En este sentido, me parece que una característica especialmente sobresaliente es la hábil y delicada imbricación de lo empírico y lo teórico que puede detectarse a lo largo de toda la obra. Se trata, sin duda, de una investigación empírica ambiciosa y de largo alcance, con un amplio manejo de fuentes que son contextualizadas con acierto, pero situada constantemente en un marco teórico sólido y reconocible en todo momento. Si el Canguilhem de *Lo normal y lo patológico* planea sobre no pocas páginas de este libro, Michel Foucault es, obviamente, uno de sus referentes indiscutibles: biopoder, biopolíti-

ca, tecnologías del yo, microfísica del poder, etc., son conceptos y categorías que atraviesan constantemente los argumentos y las explicaciones vertidas en *Controlar lo incontrolable*.

Pues bien, en este análisis de la (bio)política sexual, de la consideración de las conductas sexuales —y reproductoras— y sus consecuencias —demográficas y políticas— sobre la cantidad y la calidad de la población como «cuestión de Estado», la eugenesia aparece como el hilo conductor fundamental —quizá no el único pero sí el más privilegiado— de toda la obra. Marisa Miranda es una prestigiosa investigadora del CONICET argentino cuyas principales aportaciones, en solitario o en colaboración con Gustavo Vallejo, se han centrado en diversos aspectos de la historia del control social, del darwinismo social y de la eugenesia en Argentina, pero también en otros contextos latinoamericanos y europeos. Un amplio bagaje que redundo muy positivamente en la calidad y solidez de la investigación que ahora se presenta. Tras un primer capítulo dedicado a *La construcción 'científica' de la otredad*, imprescindible para entender el ambiente y el talante ideológico y cultural en el que se enmarcan todo el discurso posterior, se abordan una serie de ámbitos de desarrollo de dicha (bio)política sexual: *Noviazgo*, en el que se da cuenta, entre otras cosas, del consejo prematrimonial como elemento de control social; *Matrimonio y divorcio*, donde se analiza la normalización de las «sexualidades legítimas», así como las medidas de prevención de las enfermedades venéreas, lucha anti-leprosa, etc., que dieron lugar a legislaciones específicas e, incluso, a que se considerase el divorcio como remedio de uniones conyugales «indeseables»; *Uniones ilegítimas y solterones en la mira* analiza las políticas pronatalistas de sesgo selectivo en el marco de una reflexión más global sobre poblacionismo, inmigración y reproducción; *Maternidad y lactancia, o el juego de la inclusión-exclusión* aborda la fuerza simbólica y la utilización política del binomio madre-hijo y su papel en la higiene racial, así como otros aspectos como la lactancia mercenaria y la politización de la crianza. Finalmente, en *La hegemonía heterosexual* se estudia aspectos que van más allá de las políticas reproductivas, para ocuparse precisamente de los individuos portadores de una sexualidad «desviada» y catalogada como inmoral, patológica e improductiva, víctima, ayer y hoy, de la homofobia y el autoritarismo.

Como puede suponerse, el recorrido realizado a lo largo de los mencionados capítulos es largo e intenso. La autora analiza, para cada caso, el papel de los expertos (médicos, juristas, antropólogos), pero también de los sujetos colectivos: asociaciones profesionales, instancias políticas y administrativas, instituciones públicas, incluso el ejército y... naturalmente, la iglesia católica.

Comentaré para terminar lo que me parecen dos de las propuestas «fuertes» de este libro, que le convierten a mi juicio en una aportación historiográfica de primer orden. En primer lugar, la relación del discurso, las prácticas y la institucionalización de la eugenesia en Argentina con un pensamiento autoritario y fascista procedente de Europa. El excelente conocimiento que la autora demuestra de las aportaciones de Nicola Pende en la Italia de Mussolini o de Antonio Vallejo Nágera en la España de Franco, le permite detectar influencias y establecer redes «científicas», como el eje Pende - Vallejo Nágera - Bernaldo de Quirós, que resulta especialmente ilustrativo de la difusión, recepción y reelaboración de unos saberes eugénicos con la mirada «puesta en el fascismo». Conviene no confundir al abogado Carlos Bernaldo de Quirós, presidente de la Sociedad Argentina de Eugenesia, que es el autor estudiado en aquí, con el jurista y criminólogo español Constancio Bernaldo de Quirós, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y representante destacado del movimiento regeneracionista que, tras la guerra civil española, marchó al exilio muriendo en México en 1959.

En segundo lugar, Marisa Miranda realiza una formulación, historiográfica y metodológica, que tiene, a mi juicio, un gran calado conceptual y que viene a matizar, a corregir y, en el fondo, a superar la clásica diferenciación entre eugenesia «dura» y eugenesia «blanda». La propuesta de una «eugenesia latina», supongo que frente a una «eugenesia sajona», se caracterizaría por una mayor identificación con la escuela italiana de Pende, frente a otras tradiciones eugénicas (británica o alemana); por el beneplácito o, al menos, la alianza más o menos intensa con la iglesia católica y, sobre todo, por una suerte de combinación teórica y práctica entre herencia y medio, entre biología

y cultura; un ambiente «moral», cuidadosamente diseñado y suficientemente estricto, podría aportar a la salud de la raza efectos tan «beneficiosos» como las medidas más directas de profilaxis hereditaria, sin ser necesariamente menos autoritario o represor. El planteamiento es interesante y trasciende el mero estudio de caso argentino para sugerir un modelo que merece la pena someter a «validaciones» o aplicaciones más generales en el contexto cultural referido. Recuérdese, por ejemplo, *La eugenesia de la Hispanidad* de Vallejo Nágera.

En definitiva, *Controlar lo incontrolable* no solo es una aportación muy relevante a la historiografía de la eugenesia, de la regulación social o de la sexualidad, es también un magnífico ejemplo de una sociología histórica que, recogiendo y actualizando el enfoque genealógico, tiene una voluntad crítica que problematiza la construcción de la realidad, que saca a la luz contradicciones, que desmitifica la ciencia y el conocimiento hegemónicos y que, precisamente por eso, tiene un efecto práctico indiscutible, porque —tal como aconsejaba Castel— nos ayuda a pensar el presente y a reflexionar históricamente sobre problemáticas muy actuales (fundamentalismos religiosos, autoritarismo, discriminación, modelo de familia, etc.) en relación con la sexualidad humana. Todo lo cual dota al libro de una dimensión de investigación-acción nada desdeñable que viene a enriquecer todavía más sus virtudes académicas.

Rafael HUERTAS

IH - CCHS - CSIC

DEL CURA GONZÁLEZ, Mercedes, *Medicina y Pedagogía. La construcción de la categoría de «infancia anormal» en España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (Estudios sobre la Ciencia, 60), 2011, 365 pp. [ISBN: 978-84-00-09350-1]

A través de Jacques Vingtras, el protagonista de *L'enfant* (1879), el autor, Jules Vallès — un superviviente libertario de la Comuna de París, muy admirado por Zola— realiza una interesante reflexión, casi cien años más tarde de la Declaración de los Derechos Humanos por la Asamblea Constituyente francesa, sobre la necesidad de introducir en el catálogo de los derechos humanos, los relativos a las primeras etapas de la vida. Esta idea que circuló entre algunos de los ambientes intelectuales de finales del Ochocientos, es la que está presente también en *Children's Rights* (1892) de la educadora norteamericana Kate D. Wiggin. Estas obras pioneras junto a *El Siglo de los Niños* (1900) de Ellen Key constituyen solo algunos de los elementos que indican la presencia de un cambio en la sensibilidad social y que explican que la Sociedad de Naciones aprobara en Ginebra, el 26 de diciembre de 1924, la primera Declaración de los Derechos del Niño, redactada por Eglantyne D. Jebb, impulsora de la organización internacional *Save the children* y cuya lectura todavía hoy resulta conmovedora. Este movimiento de protección a la infancia del primer tercio del siglo XX, de alcance universal en los países occidentales y en el que la salud de los niños jugó un papel nuclear, ha sido muy bien analizado a nivel internacional hasta el punto de que uno de los mejores estudiosos del tema, E. Rodríguez Ocaña, se refiere a él como un asunto ejemplar en la historiografía médica contemporánea (*Dynamis* 2003; 23: 27-36). La salud, la enfermedad y la muerte de los niños constituyen un foco historiográfico de primer orden con una producción que ha aumentado en los últimos años (un ejemplo de estudio colectivo es la monografía de Perdiguero, E. (comp.) (2004). *Salvad al niño. Estudios sobre protección a la infancia en la Europa mediterránea a comienzos del siglo XX*. Valencia, Semi-

nari d'Estudis sobre la Ciència). Los escasos trabajos realizados en la década de los sesenta y setenta del siglo pasado en el entorno europeo (Albrecht Peiper, E. Seidler, Jacques, Gélis, Marie-France Morel, Catherine Rollet; L.S. Granjel, A. Carreras o R. Ballester entre nosotros) han servido, quizá, para despertar el interés por la historia de la salud infantil posiblemente, el espejo más fidedigno de la sociedad y de la ciencia y la práctica médico-sanitarias del periodo que estamos estudiando; en el caso de la biología y de la medicina la visión del cuerpo infantil como el microcosmos del cuerpo adulto del que hablaba el maestro de los pediatras europeos, Meinhard von Pfaundler en 1905.

En este panorama, la monografía de Mercedes del Cura, historiadora que cuenta ya con un buen bagaje de publicaciones anteriores en esta línea de trabajo, se nos muestra como una aportación madura de primera magnitud en el conocimiento, a nivel español, de los entresijos de lo que durante décadas se denominó «infancia anormal» un contrapunto de lo que se conceptuaba dentro de la norma, en particular, en relación con la deficiencia mental y moral y que enlaza, entre nosotros, con la importante contribución de R.Huertas (*Clasificar y educar. Historia natural y social de la deficiencia mental*. Madrid, CSIC, 1998), punto de partida inmediato del trabajo que nos ocupa. Uno de los aspectos que revelan el buen oficio de la autora, es el impecable recorrido historiográfico muy exhaustivo y con un interesante análisis crítico de las tradiciones y tendencias, en gran medida enfrentadas, entre las perspectivas francesa y anglosajona y el conjunto de trabajos hechos en España desde la historia de la educación, la historia de la psicología o la sociología histórica. La ubicación del tema en el marco de los *disability studies* resulta especialmente fecunda porque permite interpretar los datos empíricos y su significado en las líneas programáticas que enunciaba Anne Digby en la introducción a una importante monografía que inauguraba, como indica Del Cura, la historia social de la discapacidad relativa al aprendizaje, desde esa perspectiva (Wright, D., Digby, A. (eds.). (1996). *From Idiocy to Mental Deficiency: historical perspectives on people with learning disabilities*. New York & London, Routledge).

Dos partes perfectamente diferenciadas: la construcción del discurso respecto de la normalidad/anormalidad y las respuestas en lo tocante al desarrollo institucional, marcan las líneas directrices del libro. La descripción detenida de las fuentes utilizadas en la etapa heurística, en particular, el periodismo (p. 36-41) que aparece en el capítulo introductorio, es muy útil para entender la pluralidad de la procedencia de los datos del estudio desde la psicopedagogía a la psiquiatría infantil y la eugenesia, aunque con un elemento común: el regeneracionismo en cualquiera de sus formas.

La identificación precisa y la categorización de la anormalidad infantil, resultaba más que problemática pero absolutamente necesaria para cualquier tipo de intervención que se juzgaba inaplazable. De este modo la constelación causal, las técnicas diagnósticas, las taxonomías, la prevención y el tratamiento fueron adquiriendo carta de naturaleza en el complejo modelo de la anormalidad y en ello, la medicina jugó un importante papel junto a las otras disciplinas. No estuvieron ausentes las polémicas entre unos y otros profesionales que tenían no solo un trasfondo teórico, sino también de legitimación y lucha por cubrir áreas de influencia y crear esos «laboratorios de la norma» de los que hablaba R. Huertas (*Los laboratorios de la norma. Medicina y regulación social en el estado liberal*. Barcelona, Octaedro, 2008).

«De las palabras a los hechos» es el título genérico de la segunda parte de la monografía que se ocupa de los resultados y las prácticas que se pusieron en marcha en España en relación con el problema que nos ocupa. La intrincada selva legislativa relativa a dos de las instituciones más importantes, el Patronato de Anormales y la Escuela Central de Anormales en el primer tercio del siglo XX son expuestas en forma de tabla que resulta muy clarificadora (p. 197-198) y el relato de la misma, bastante desolador por los incumplimientos frecuentes cuando la autora analiza los continuos vaivenes y problemas relacionados directamente con los avatares cambiantes del marco político español entre 1900 y 1939. Instituciones asistenciales del sector público (como la Escuela Municipal de Deficientes de Barcelona, cuyas historias clínico-pedagógicas son estudiadas por Del Cura) y privado (estas últimas especialmente reveladoras de iniciativas de médicos y pedagogos con formación sólida y conocedores de las ideas renovadoras provenientes de otros países) y personajes como Francisco Pereira

(que, a nuestro entender, merecería ser objeto de un estudio específico por su interés), amén de los Achúcarro, Rodríguez Lafora y otros cuya actividad en este campo está bien reflejada en el libro, arrojan nuevas luces sobre personas e instituciones del periodo estudiado.

En suma, un excelente trabajo, de referencia obligada en su campo, de interés para audiencias muy amplias y que refuerza la importancia de realizar trabajos de síntesis que recojan y reformulen investigaciones previas como es el caso de la autora y de la prometedora línea de investigación que sin duda proporcionará nuevos y excelentes frutos.

Rosa BALLESTER

Universidad Miguel Hernández

LÓPEZ-OCÓN, Leoncio; ARAGÓN, Santiago; PEDRAZUELA, Mario (eds.), *Aulas con memoria. Ciencia, educación y patrimonio en los institutos históricos de Madrid (1837-1936)*, CEIMES, CSIC, Comunidad de Madrid, Doce Calles, prólogo Jon Juaristi, Madrid, 2012, 355 pp. [ISBN: 978-84-9744-131-5]

Los primeros pasos de la educación, los anteriores a la universitaria, tardaron en definirse y en ser tomados en manos del poder público, entrado el siglo XIX. Tutores, maestros, profesores, órdenes religiosas (calasancios o jesuitas), colegios y, sobre todo, las facultades de artes de las universidades se encargaron en el Antiguo Régimen de enseñar a una escasa población interesada. Habrá que esperar al liberalismo para que una amplia capa de estudiantes —o mejor, sus familias— se preocupen por alcanzar esta forma de educación y distinción, así ocurrió en los tiempos del gobierno progresista del general Espartero. No es extraño que las construcciones para educación en los primeros niveles se acentúen en épocas de apertura y mejora, como la República o la Transición («Entrevista a José María Maravall», *Escuela*, nº 3907(898), 26 mayo 2011, pp. 34-35). Eran estudios fundamentales para la ciudadanía (asignatura hoy negada), educada en paz, libertad y saber. Afirmaba Max Aub que uno pertenece al lugar en donde ha estudiado el bachillerato, para explicar su apego y añoranza de Valencia. Sin duda el estado moderno se apoya en la extensión de esta enseñanza entre una población que empezaba a votar y a considerarse parte substancial de la vida pública, ya no vasallos de antiguos señores. Por eso es importante la consideración de ese tramo educativo.

Esta época aquí estudiada, ese período comprendido entre 1837 y 1936, es etapa en que la vieja educación quiere innovar, cambiando las enseñanzas antiguas muy literarias o profesionales. No es extraño que la universidad tuviese en las viejas épocas como facultades de importancia los derechos civil y canónico y la teología. La de medicina era secundaria, la menor de artes preparatoria, con ciencias para los médicos y filosofía para juristas y teólogos. Hasta aquí era suficiente leer y recordar lo que se contenía en los textos sagrados, o en los códigos legales y en los tratados médicos. A partir de la llegada del liberalismo y de la entrada de la ciencia moderna, las facultades de filosofía y ciencia empiezan a tener importancia creciente. Es la herencia kantiana de confianza en la razón, en contra del poder absoluto o divino. La universidad se configurará con dos nuevas facultades, las de ciencias y letras, que luego irán dividiéndose. Se pensaba en que estos saberes eran base esencial de la universidad, que sin embargo privilegia ahora las facultades de derecho civil y medicina. Era un rumbo profesional de esta institución, que nunca se ha abandonado.

Los institutos de secundaria deben dotarse en el ochocientos de formación científica y esta enseñanza es distinta de la clásica libresca, en que predominaba la lectura, la memoria, la discusión de

los textos. Ahora se estudia la realidad, que debe conocerse a través de la observación y la experiencia. Para ello era necesario poner delante del alumno los especímenes a estudiar. Junto a la aparición del libro de texto moderno, ahora las aulas se adornan y enriquecen con mapas, imágenes, modelos y, con suerte, con piezas de colección y aparatos de demostración. Es la herencia de los manuales setecentistas y de las colecciones ilustradas de física experimental, laboratorios químicos o museos médicos y de historia natural. El siglo XIX es la época en que se promueve una forma distinta de enseñanza, más práctica y apoyada en la realidad, asimismo de ascenso de personajes valiosos que siguen y evidencian los nuevos tiempos, como el químico Francisco de Paula Montells y Nadal en Granada, el historiador Fernando de Castro y el médico Pedro Mata en Madrid. La Institución Libre de Enseñanza tendrá mucho que ver en estas novedades, añadiendo un respeto y una devoción a la naturaleza que saca a los alumnos de las tristes aulas.

Recuerda Jon Juaristi, en su introducción al libro que comento, las viejas impresiones que los alumnos recibían de los mapas, tablas, objetos o instrumentos, de las prácticas por tanto. Todos tenemos ese recuerdo vívido, entre los míos están la reacción del sodio en el agua, la siempre plástica belleza del móvil mercurio, o la estática de las piritas geométricas. No supieron, en cambio, enseñarme la naturaleza y el espacio. Mi siguiente impresión ante los instrumentos científicos en secundaria vino de las visitas al Instituto de San Isidro (institución que también había encontrado en los estudios sobre la ciencia del XVIII y en José Simón) con Manuel Sellés y Antonio Lafuente. Nos quedamos maravillados de las herencias de la Academia de Matemáticas de Felipe II y de los jesuitas del Colegio Imperial, que se habían enriquecido por más de siglo y medio en la institución de enseñanza secundaria. Con motivo del I Congreso de la nueva Sociedad Española de Historia de la Ciencia se organizó allí una interesante exposición de algunos de los instrumentos más notables. Preocupados por los materiales e instrumentos quisimos preservarlos, presentándolos ante un público interesado. Puesto en conocimiento de José Antonio Maravall el valor de estas piezas, consiguió que su hijo José María como ministro se interesara en su cuidado. Es lo único que le pidió, me dijo, lo que honra la sensibilidad de un gran historiador y una gran persona.

En fin, el ameno y atractivo libro que comento, nos habla del cuidado de esos mismos instrumentos en los institutos históricos de Madrid. Nos adentra bien en su contenido la introducción de Leoncio López-Ocón Cabrera y Gabriela Ossenbach Sauter. Se trata de los resultados de un ambicioso proyecto de trabajo de cuatro años, subvencionado por la Comunidad de Madrid, en el que hemos colaborado investigadores del CSIC, de varias universidades (Alcalá, UNED, Complutense, Autónoma de Madrid y Pierre et Marie Curie de París) y de los institutos madrileños. Se ha conseguido catalogar, restaurar y estudiar los instrumentos científicos de institutos madrileños históricos, lo que ha permitido, además de salvar un patrimonio muy rico, comprender su utilización y la educación en este periodo. Los resultados han sido, junto a las restauraciones y estudios, seminarios y publicaciones, exposiciones y una página web de gran interés.

Las secciones en que los estudios se dividen son «Cultura material en las aulas», «Nueva vida para un patrimonio olvidado», «Actores y prácticas» y «Discursos y disciplinas». En la primera parte, se valora el papel de los instrumentos en la enseñanza y el saber, es decir de la cultura material dentro de las prácticas en el aula. En la segunda, se presenta la recuperación del patrimonio y su difusión. En la tercera, algunos profesores ilustres y manuales, también los estudiantes a través de sus cuadernos y trabajos escolares, incluida la presencia de la mujer. En fin, en la última se presenta la profesión y las prácticas de los enseñantes y asimismo las disciplinas, así psicología, literatura, estética o música. Se trata de una época de enorme valor de la enseñanza pública, que se piensa como base fundamental de la formación de ciudadanos. En estos momentos en que se duda del valor del profesorado y de la misión de la enseñanza pública, es importante este recuerdo de tantas décadas de esfuerzos y logros en la mejora de la educación española. Los editores han tomado parte muy activa en estas labores de preservación y estudio, acompañados de valiosos profesores de secundaria y universitarios. Han surgido importantes historias de algunos institutos de enseñanza

media, y notables trabajos, muchos de los cuales se encuentran en las páginas de este volumen y en un monográfico publicado por la revista *Arbor* del CSIC. No puedo dejar de recordar aquí la amabilidad —que habitual en él, nunca dejaba de agradar— con que Alberto Sánchez Álvarez-Insúa acogió este proyecto. Esperemos que estos esfuerzos y logros permitan a algunos políticos reconsiderar la importancia que siempre tiene la enseñanza pública. En ello jugamos nuestro futuro.

José Luis PESET
IH - CCH - CSIC

ALBALADEJO MARTÍN, Carolina; IZQUIERDO MOYA, Isabel, (eds.), *Al encuentro del naturalista Manuel Martínez de la Escalera (1867-1949)*, Madrid, CSIC, 2011, 694 pp. + DVD [ISBN: 978-84-00-09413-3]

Entomólogo: naturalista especialmente dedicado al estudio de los insectos. Insecto: animal articulado de respiración traqueal, con el cuerpo dividido en cabeza, tórax y abdomen, incluyendo antenas, alas, tres pares de patas y un caparazón consistente. Versionadas de la irremplazable enciclopedia *Espasa*, la lectura de ambas definiciones es un modo sencillo y directo de interpretar el libro editado por Carolina e Isabel buscando la esencia de las setecientas páginas que lo componen. La entomología hace al caso, pues, y lo hace a lo grande de la mano de un naturalista eminente y singular: Manuel Martínez de la Escalera. Eminencia nacida de su extenso conocimiento zoológico alrededor de los millares de hexápodos recolectados convertido en contumaz explorador de agrestes y lejanos territorios de África y por Oriente Próximo —hasta tuvo tiempo para recorrer los cerros y páramos de la Península—. Buscaba *tierras donde sale el Sol más presto y beber en la copa desbordante de la naturaleza*, escribe afectado por el sentimiento y la cursilería. Imaginamos al *Indiana Jones* de la entomología española desafiando el ardiente Sol desértico, absorto contemplando una naturaleza aún no secuestrada por el hombre. Concluido el trabajo de campo, Manuel, aventurero audaz, bizarro, indómito, se transforma en el juicioso profesor Escalera, regente del laboratorio de entomología situado en la población madrileña de Villaviciosa de Odón. Aquí —también las dependencias del Museo Nacional de Ciencias Naturales fueron su casa—, prepara, describe y clasifica las piezas capturadas. Cientos de especies pululan por las páginas del centenar largo de trabajos publicados hasta 1944, cinco años antes de su muerte ocurrida en Tánger. Afín a la excelencia, la singularidad del personaje presenta un perfil intelectual dispar. Licenciado en derecho por la Universidad Central de Madrid, jamás ejerció la profesión dedicándose compulsivamente a recolectar insectos. Su repertorio de coleópteros superó ampliamente las sesenta mil muestras fruto de la actividad de un entomólogo entusiasta, un *insectómano*, permítasenos el palabra, capaz de lo bueno y de lo mejor. Coleccionista de lo natural, fue un colector de amplio espectro: mamíferos, aves, peces, reptiles, anfibios, plantas, objetos etnográficos, integraron también el botín sustraído a la naturaleza por Manuel. El *campo hay que vivirlo y saberlo mirar sin prejuicios*, escribió. Él lo hizo, convirtiendo al docto Escalera en un reputado científico amante de los artrópodos con seis patas. Bien pudo ser *el hombre que susurraba a los insectos*, al menos protagonizaron su vida.

Redactado por 38 autores, este magnífico tratado cuenta la historia con rigor, minuciosidad, amplitud de miras; actualiza la vida y la obra de Manuel Martínez de la Escalera con inequívoca voluntad de servicio hacia el lector y para el científico (el libro recoge todos sus artículos digitalizados en un DVD). El resultado es un relato polifónico en forma y materia, compuesto como un viaje de culto por escenarios y saberes preciosos homenajando a la persona y al naturalista. El

lector disfrutará de un libro en colores —aludiendo al esplendido componente gráfico y, especialmente, a la diversidad cromática de su contenido—, digno de elogio tanto por su valor científico como, particularmente, porque la obra representa una labor impropia en favor de una causa encomiable: evitar el olvido que conlleva la ignorancia. Gracias a la apuesta investigadora de Carolina Martín e Isabel Izquierdo, no hay excusa para que tal circunstancia se dé en el caso del entomólogo Manuel Martínez de la Escalera.

Andrés GALERA
IH - CCHS - CSIC

HUERTAS, Rafael, *Historia cultural de la psiquiatría. (Re) pensar la locura*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2012, 221 pp. [ISBN: 978-84-8319-695-3]

El extraordinario e innovador impulso recibido por la historia de la psiquiatría en los últimos cincuenta años —cuyo inicio estuvo marcado por la publicación en 1961 de la *Historia de la locura* de Michel Foucault— requería sin duda una puesta al día que ordenara sintéticamente las distintas opciones teóricas y metodológicas involucradas, cartografiando el perfil de los debates más importantes y de las pistas con más porvenir dentro de la disciplina. La flamante monografía de Rafael Huertas, cuya prolongada trayectoria dentro del puntero grupo de investigadores del Departamento de Historia de la Ciencia (CSIC) es bien conocida, cumple sin duda estos requisitos, dando forma a un completísimo estado de la cuestión, pero su alcance va mucho más allá.

En su trabajo se lleva a cabo una acabada reconstrucción del campo internacional de la historiografía psiquiátrica en su conjunto, pero al mismo tiempo se elabora una propuesta propia y original. Esta se define a partir de un diálogo con las principales alternativas que jalonan ese campo. Haciendo gala de ese sano «eclecticismo» que Jean-Claude Passeron supo ponderar en las disciplinas de corte multiparadigmático,¹ Rafael Huertas no se limita a postular la complementariedad de los distintos enfoques convocados, desde la narrativa del «control social» (Foucault, Castel) hasta la «historia conceptual» (Berríos), pasando por el modelo dialógico (Swain, Gauchet), el «nominalismo dinámico» (Hacking), «la historia desde abajo» (Porter) o el análisis de las retóricas de legitimación profesional (Goldstein). Más allá de la tendencia a considerar estas álgebras de descripción histórica como mutuamente excluyentes, se insiste en la complementariedad de las distintas inteligibilidades que proporcionan. Se hace valer así un pluralismo metodológico efectivo, integrando dialécticamente las diversas perspectivas concernidas e ilustrándolo mediante la exhibición de casos históricos concretos.

En esa propuesta se rechaza el positivismo de una psiquiatría plenamente naturalizada, que habría encontrado al fin un paradigma estable y unificado en el lenguaje de las neurociencias y donde el síntoma quedaría identificado con una carencia o disfunción, explicable exclusivamente a partir de patrones neurobiológicos que permitirían obviar toda referencia al contexto.² En cambio,

¹ Passeron, J.C. (2006), *Le raisonnement sociologique. Un espace non poppérien de l'argumentation*, Paris, Albin Michel, p. 552

² Sobre la imposibilidad del «cierre semántico» en ciencias sociales, eludiendo el contexto gracias al lenguaje formalizado de las variables o, en este caso, al lenguaje transhistórico de la neurobiología, véase Passeron (2006), p. 621

la exigencia de emplazar al síntoma en la trayectoria vital del paciente y en la trama histórica y política de las instituciones y de los sistemas socioculturales, aproxima este trabajo, por un lado, a las tradiciones del psicoanálisis y de la fenomenología, y por otro, a los enfoques del constructivismo social y de la genealogía foucaultiana.

Sin embargo esta vecindad de la propuesta de Huertas con tendencias de signo antropológico o crítico-emancipatorio no lo llevan en ningún momento a recusar, como sucede en el «foucaultismo vulgar», en diversas advocaciones del «control social» o en ciertas versiones postmodernas del constructivismo, la intención científica y terapéutica del saber psiquiátrico. Este encuentra su lenguaje propio en una semiología de proyección clínica, una tradición casi bicentenaria que tiene la peculiaridad de formularse como praxeología, como «teoría para la práctica», donde la demanda de remedio por parte del enfermo prima sobre el intelectualismo dogmático de las doctrinas.

Rafael Huertas levanta acta de la debilidad teórica de la psiquiatría en el tiempo presente, del desafío que para su especificidad como conocimiento representa hoy la expansión imperial de las neurociencias y, por último, de la necesidad de recurrir a la historia para sortear estos peligros. La historia de la psiquiatría le permite al pensamiento psicopatológico una ganancia de reflexividad, ayudando a contextualizar sus objetos en el curso de la experiencia individual y colectiva. Al mismo tiempo, las reconstrucciones históricas se revelan necesarias para reactualizar ese legado bicentenario que representa el lenguaje clínico de los síntomas. La historia aparece entonces como el laboratorio de la epistemología, definida por Huertas en términos casi literalmente bourdieusianos, como conciencia crítica de lo que se hace;³ en este caso de lo que hacen los psiquiatras cuando actúan de un modo y no de otro.

La propuesta se articula a través de un diálogo jalonado en siete estaciones. En cada una de ellas se confronta críticamente una determinada perspectiva y las controversias a ella vinculadas.

El planteamiento contrastado en el primer capítulo es la hipótesis del «control social» y los interlocutores privilegiados son Michel Foucault y su discípulo Robert Castel. Se reconstruye la historia del concepto de «control social» desde su contexto funcionalista inicial hasta sus implicaciones en una ciencia social crítica que arranca con la Escuela de Frankfurt y llega hasta la antipsiquiatría, pasando por los trabajos de Goffman y de los representantes de la *label theory*. Esta tradición tiene el mérito de haber inaugurado una historiografía crítica que da cuenta de los nexos que unen al saber psiquiátrico con el ejercicio del poder en nuestras sociedades. Al mismo tiempo se señalan las debilidades de estas narrativas: la falacia del manicomio como laboratorio de normalización social, el mito de la sociedad plenamente «disciplinada», la visión monolítica y homogénea del poder de los expertos, la pasividad de los gobernados y el énfasis en un engañoso «orden psiquiátrico».

En el segundo capítulo se pasa revista a aquellos trabajos que subrayan la condición liberadora, democratizadora, dialogante y terapéutica del saber psiquiátrico. Aquí los interlocutores de referencia son Gladys Swain y en menor medida Marcel Gauchet. Las investigaciones de estos estudiosos, que insisten en los atributos de la psiquiatría que acaban de mencionarse, suelen aparecer contrapuestos a la línea abierta por Foucault y Castel. El capítulo tiene el mérito de demostrar la complementariedad de ambas perspectivas; cada una de ellas ilumina un aspecto del alienismo, variable según se opte por la vía amable del tratamiento moral que ofrece Pinel, o por la variante sombría expuesta por Leuret.

En el tercer capítulo el problema no es ya si la práctica psiquiátrica es un instrumento de control social o un diálogo con el «insensato», integrador de su subjetividad. Aquí el concepto guía es

³ Sobre la epistemología como reflexión que apunta a poner al día los esquemas de la práctica científica, tanto en sus errores como en sus éxitos, véase Bourdieu, P. y Wacquant, L., *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, Paris, Ed. Du Seuil, p. 196

el de «profesión»: ¿en qué medida constituye la psiquiatría un campo profesional autónomo?; ¿qué funciones legitimadoras desempeña este ámbito corporativo? La interpelación procede principalmente de los trabajos de Jan Goldstein. En *Console and Classify* y en *The Postrevolutionary Self*, esta historiadora, sustentada en un saludable eclecticismo sociológico, ha sabido deslindar las «políticas de patronazgo» que subtienden a las redes profesionales de la psiquiatría, localizando las dinámicas de monopolio que acompañan a la formación y difusión de ciertos conceptos («monomanía», «histeria») condicionados a su vez por los espacios de observación privilegiados en las trayectorias respectivas de los especialistas. La obra de Goldstein consigue así aglutinar la historia intelectual de las evoluciones conceptuales, la historia social de las estrategias profesionales y los grupos de intereses, y la historia política de las técnicas para la gestión de poblaciones.

El capítulo cuarto pone sobre el tapete el debate acerca del construccionismo. En este caso, la brújula de la discusión la suministran principalmente los trabajos de Ian Hacking acerca de «enfermedades transitorias» —históricamente mudables y relativamente efímeras— como la personalidad múltiple o el automatismo ambulatorio. Aunque Hacking se muestra muy crítico con un construccionismo irrestricto que no respeta la distinción entre clases conceptuales (indiferentes, interactivas, híbridas), sus estudios, bien delimitados empíricamente pero de intención más epistémica que histórica, muestran el carácter pasajero e históricamente construido de ciertas enfermedades mentales. Se constata la fecundidad del modelo vectorial de análisis (el «nicho ecológico» de las enfermedades) propuesto por el canadiense, así como su exploración del efecto «bucle» en los procesos de invención de tipos de persona. Al mismo tiempo se señalan sus limitaciones: lo que a menudo parece la descomposición histórica absoluta de un síndrome o de un trastorno, puede ocultar un fenómeno de evolución conceptual, cuando, como estudió Canguilhem, una continuidad conceptual se disimula bajo un desplazamiento terminológico. Algo así sucedió en los casos de la monomanía y la histeria.

Si la fortaleza principal del esquema constructivista de Hacking consiste en mostrar el condicionamiento cultural de las enfermedades, el mérito más destacado de Germán Berrios y del grupo que lidera en Cambridge —cuyas contribuciones se evalúan en el quinto capítulo— consiste en intentar reactualizar el lenguaje semiológico de la psicopatología clásica. Esto les ha conducido a elaborar una historia conceptual de la psiquiatría cuya intención es mejorar el basamento teórico de esta disciplina. Frente a la acefalia crónica de manuales de diagnóstico como el DSM, alérgico a toda elaboración teórica y obsesionado con la fiabilidad estadística de las definiciones propuestas, Berrios y su equipo hacen prevalecer la validez de las explicaciones proporcionadas por un discurso semiológico fundado en la experiencia clínica.

Las principales debilidades de esta historia conceptual de los síntomas, tienen que ver con su aferramiento a un modelo exclusivamente biomédico. En sus críticas a la historia externalista de la psiquiatría, Berrios y sus discípulos corren el riesgo de dejar a un lado los elementos contextuales, reduciendo el síntoma a la expresión de meras señales neurobiológicas. Al mismo tiempo, su reactualización de las descripciones psicopatológicas del pasado puede derivar en un presentismo que olvida la dimensión histórica y mutable de las enfermedades mentales.

En este punto y recuperando las aportaciones de la psicopatología fenomenológica y de los enfoques psicodinámicos —poco estimados por Berrios y su grupo, Huertas propone un modelo integrador que supere la dicotomía entre internalismo y externalismo y atienda a la dimensión de la subjetividad en la práctica clínica.

Precisamente el capítulo sexto se refiere a este asunto. ¿Cómo afrontar una historiografía psiquiátrica que, sin renunciar a sus funciones epistemológicas, acoja la experiencia del paciente y dé cuenta de la condición praxeológica (teoría de una práctica) de la psicopatología? En este caso, el interlocutor de turno es Roy Porter, autor de un programa pionero para escribir la historia de la psiquiatría «desde abajo». Esto implica dar un lugar preferente a la documentación de los archivos clínicos, hasta ahora no suficientemente atendida. En estas fuentes (los historiales clínicos) se

RESEÑAS

advierte por un lado la diferencia entre las formulaciones abstractas que aparecen en los tratados médicos y las peculiaridades contingentes de la práctica clínica cotidiana. Por otro lado, en estos depósitos se encuentra también buena parte del *corpus* (cartas, diarios, peticiones, etc.) que permite escuchar la voz de los pacientes y el recuento de su experiencia en primera persona. Esta es una de las vías más prometedoras para la futura historiografía psiquiátrica y responde a la vocación del psiquiatra en pro del diálogo con el enfermo y de la apertura a su individualidad concreta.

El libro concluye con un capítulo dedicado a justificar, en la línea de lo indicado al comienzo de este comentario, el valor de la historiografía psiquiátrica como herramienta de reflexión epistemológica y como ayuda para el mejoramiento teórico de la propia psiquiatría. Siguiendo aquí una estela abierta por Lanteri-Laura, discípulo de Canguilhem, se pondera la necesaria cooperación («interacción dinámica») entre psiquiatras e historiadores, evitando al mismo tiempo los peligros del anacronismo y la falacia de una «historia anticuaria» que pretende desvincular la actualidad psiquiátrica respecto a la herencia histórica que la conforma. En esta epistemología histórica que pretende vertebrar las diferentes dimensiones (experiencia histórica y política, experiencia del sujeto enfermo, experiencia clínica recogida en el lenguaje de los síntomas) de la práctica psiquiátrica, Huertas encuentra el mejor antídoto contra las nuevas formas de reduccionismo que asedian hoy al pensamiento psicopatológico. No habla de oídas; el engarce entre las diversas tradiciones invocadas no consiste en un comentario o amalgama de textos escritos por otros. En la mayoría de los casos y como historiador practicante de largo aliento y experiencia, Rafael Huertas ha puesto a prueba los distintos enfoques mencionados en su libro. Por su eso su lección vale por dos.

Francisco VÁZQUEZ GARCÍA
Universidad de Cádiz